El mayal del paraíso

Un campesino salió a arar con una yunta de bueyes. Al llegar al campo, vio que los cuernos de sus bueyes empezaron a crecer, a crecer, y cuando volvió a casa, los cuernos ya eran tan grandes que no pudo entrar por la puerta con los bueyes.

Por suerte, apareció por allí un carnicero al que le entregó sus bueyes, y firmaron un contrato por el cual el campesino debía entregar al carnicero una medida de semilla de nabo, y éste debía pagarle por cada semilla un tálero de Brabante.

¡Un negocio, como pueden ver, nada malo!

El campesino fue a casa y le llevó al carnicero una medida de semilla de nabo a la espalda; por el camino, sin embargo, se le cayó de la medida una semilla.

El carnicero le pagó exactamente según lo acordado; ¡y si el campesino no hubiera dejado caer una semilla de aquella medida, habría tenido un tálero de Brabante más!

Y para cuando empezó a volver a casa, de la semilla caída había crecido un árbol, y justo hasta el cielo.

Entonces pensó el campesino: «Ya que se presenta una oportunidad así, ¿por qué no voy a ver qué hacen los ángeles en el cielo, y al menos una vez verlos con mis propios ojos?»

Y se subió al cielo, y ve que los ángeles trillan avena. Miró y miró aquello y de pronto notó que el árbol por el que se había subido al cielo se tambaleaba algo bajo él. Miró hacia abajo y ve que alguien se disponía a talarlo. «¡Caerse de aquí no es nada agradable!», pensó, sin saber cómo ayudarse en la desgracia.

Y entonces tomó salvado de avena, que allí había en montones, y empezó a torcer con él una cuerda; aprovechó para llevarse del cielo un pico y un mayal, y bajó por la cuerda.

Al llegar a la tierra, cayó en un pozo muy, muy profundo, pero por suerte se había llevado el pico: con él se talló una escalera en la pared del pozo, salió a la superficie y empezó a mostrar a todos el mayal celestial como prueba.

Así que nadie pudo no creer su relato.